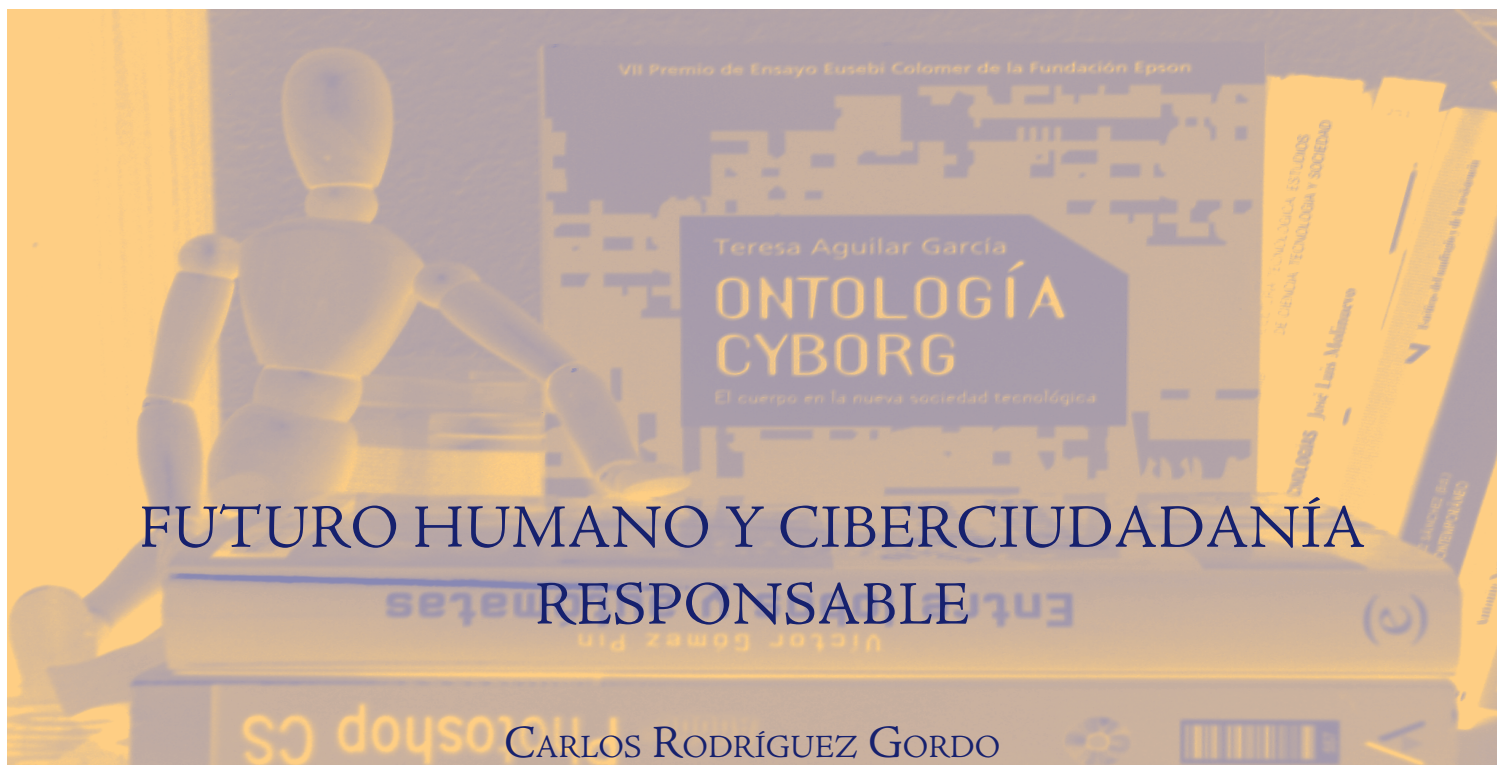




FUTURO HUMANO Y CIBERCIUDADANÍA RESPONSABLE

CARLOS RODRÍGUEZ GORDO

Ambos, tecnófilos o tecnófobos, admiten que futuro y devenir humanos van indisolublemente unidos a las nuevas tecnologías. Quizá lo que los diferencie tan sólo sea, aparte de su actividad diaria, claro está, la relación que establecen entre aquéllas y el progreso. Para los primeros, entre los que se incluyen famosas corrientes como Posthumanismo (en sus muy diferentes versiones), Transhumanismo, Extropianismo..., progreso y nuevas tecnologías caminan juntos en pos de un mismo objetivo, y actúan convencidos de que debe «proseguirse deliberadamente la innovación», en palabras de Burke, mediante la ampliación del pensamiento racional y los principios científicos como manera de mejorar y superar la labilidad humana. Para otros, en cambio, el constante aumento de las tareas encomendadas a la tecnología va a originar una degradación paulatina de la calidad de vida humana, además de convertirse en el origen de una serie de problemas de autonomía.

Quizá la historia de la ciencia ficción hasta el siglo XX no haya sido más que un zigzagante sendero que hay ido recorriendo, como un péndulo, de una a otra posición, manteniendo la tendencia general que parte de un pensamiento más o menos positivo a propósito de la aplicación de la técnica, hacia un tipo de visión que cuestiona la posibilidad de un futuro mejor, un porvenir donde sólo queda lugar para la vida buena, pero no para la buena vida. Ha sido así al menos hasta finales de la década de los noventa del pasado siglo. Desde la práctica ingenuidad que mostraban aquellos escritores de protociencia ficción como Verne o Wells, indiscutiblemente optimistas sobre las posibilidades de la técnica, hasta las cautelas mostradas por los autores de la edad de oro, en torno al segundo cuarto del siglo XX, como Clarke, Heinlein o las no veladas denuncias de grandes del género como Zamiatin, Huxley, Orwell o Bradbury, se han producido numerosas reflexiones en cuanto a las posibilidades del conocimiento científico aplicado que han ido matizando algunas posiciones sociales.

El desarrollo de la distopía, llevado a cabo fundamentalmente en la última mitad del siglo XX, y su popularización desde los años ochenta con el *cyberpunk*, y más evidentemente con las versiones cinematográficas de *Do androids dream of electric sheep?* de Dick, o treinta años después con la saga *Matrix* (que además masifica la estética anime japonesa en «occidente»), había dejado un panorama caracterizado por un pesimismo, tanto a nivel científico como antropológico. Habían sido suficientes los ejemplos empíricos sobre el peligro de la técnica en la vida real, tantas las muestras de desconfianza desarrolladas en el arte y, no se debe olvidar, un profundo analfabetismo digital, que no parecía que nada fuera a cambiar, a mejor, y que a la postre las élites tecnológicas iban a tener cada vez más y más eficientes sistemas de subyugación y control social, permitiendo la materialización de horribles sociedades como la de 1984 o *A Brave New World*. Lo que en los inicios de la ciencia ficción fueron grandes máquinas de vapor u hombrecillos verdes del espacio se habían convertido en discursos centrados en las reflexiones sobre la tecnología y su papel como vertebradora social.

Aquellas creaciones artísticas de inspiración *cyberpunk* de finales de la década de los noventa del siglo pasado que ahondaban en el discurso diferenciador entre lo real y lo virtual se fueron enriqueciendo con el papel de la que es posiblemente la invención más influyente de finales de siglo: Internet. Ejemplos como las metrópolis gibsonianas, conglomerados de ciudades masificadas y conexiones interneuronales, estética que tomará más adelante Mamoru Oshii para *Ghost in the Shell* (que a su vez sirve como inspiración para los hermanos Wachowski), comienzan a destacar el papel de la intercomunicación humana y su capacidad para cambiar la circunstancia social, culminando, a principios del presente siglo, en la generación de una nueva mentalidad que contemplaba, en primer lugar, la excesiva convencionalidad de la distinción entre realidad y virtualidad, permitiendo concebir una serie de

interrelaciones entre las actuaciones en el «ciberspacio» que supondrían cambios en lo que hasta entonces se había entendido como un compartimento estanco, el de la «realidad». A ningún nativo digital se le ocurriría hoy en día desligar las actividades en Internet con sus consecuencias en la «vida real». Redes sociales como *Facebook*, *Tuenti*, etc., son la muestra de esa evidente permeabilidad entre ambas capas, la *Patriotic Act*, elaborada tras el 11-S para mejorar la seguridad del pueblo americano, que permite, entre otras cosas, la intervención de los sistemas de inteligencia en la transmisión de información en Internet, el *e-commerce*, la mensajería instantánea..., son pruebas de la capacidad de reificación de lo que hasta entonces habíamos considerado como un mundo aparte.

Conscientes de este poder de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación se comenzaron a crear, desde principios del XXI, diferentes movimientos de activismo que tenían su principal actividad en red, y que pretendían actuar sobre el mundo *off-line*. El mismo Chomsky afirmaba que la solución de futuro pasaba por el desarrollo de movimientos populares que habían sido tradicionalmente relegados por el sistema, como el colectivismo, la solidaridad y la preocupación por el medio ambiente, que «deberán dar sustento a las generaciones futuras, [fomentando el] trabajo creativo bajo control voluntario, criterio independiente, y una participación democrática auténtica en los más variados aspectos de la vida»¹.

Sobre esta mentalidad se asienta una iniciativa destacable: las *commons* o, en castellano, el procomún, una especie de comunismo que promulga que determinados bienes pertenecen a todos y que forman una comunidad de recursos que debe ser conscientemente protegida. ¿Qué es el procomún? Son bienes de naturaleza muy diversa puesto que van desde los recursos naturales hasta la investigación científica o las obras de creación y conocimiento público acumuladas a lo largo de la historia de la humanidad. A pesar de no ser una idea novedosa, la difusión de Internet y las nuevas posibilidades que ésta ha permitido están fomentando de nuevo la idea de que hay ciertas cosas que deben ser de todos y no deben ser de nadie al mismo tiempo. Internet ha potenciado algunas identidades sociales e incluso intereses «no económicos» de la gente. Desde el punto de vista de la economía clásica, la idea del procomún es difícil de entender. Cuando un sistema acostumbra a fomentar la individualidad y a solo considerar aquello que se puede comprar y vender, de ahí la difícil situación de las humanidades, no es capaz de asimilar cómo es posible la existencia de comunidades organizadas, donde la confianza y el trabajo voluntario son fundamentales, grupos capaces de seguir creando productos de calidad de forma más flexible y eficiente que la industria centrada en la propiedad privada. Evidentemente, la razón de todo esto estriba en que la empresa privada necesita rendimientos a corto plazo, mientras que la cultura del procomún gira en torno a la defensa de



determinados valores compartidos con una mentalidad que privilegia los resultados a largo plazo.

El activismo en Internet en general, y el procomún en particular, no se han tomado suficientemente en serio. Los voluntarios son casos aislados que no merece la pena ser tomados en cuenta convenientemente. Son excepciones que confirman la regla de un sistema económico que se ha revelado inmoral y obsoleto. Sin embargo, el procomún implica algo de suma importancia: existen comunidades avanzadas para las cuales el dinero no es el único valor significativo. Compartir valores morales, sentirse parte de una comunidad con objetivos comunes puede ser suficientemente alentador como para trabajar. En el siglo XXI no es posible legislar con leyes de propiedad intelectual de inspiración dieciochesca.

El procomún resitúa lo que entendemos por producción creativa, que pasa de un contexto de mercado a otro más amplio, el de nuestra vida social y nuestra cultura política. En lugar de constreñirnos con la lógica del derecho de propiedad, de los contratos y de las impersonales transacciones de mercado, el procomún inaugura un debate más amplio, más vibrante y más humanista².

El ejemplo más claro y evidente de procomún es la propia Internet. La mayor parte de ella está soportada por

estándares abiertos que han permitido que, a pesar de su complejidad, se haya fomentado la creatividad y su difusión. No sólo tecnología, protocolos, estándares de hipertexto, sino también los propios contenidos, distribuidos gracias a iniciativas de protección de propiedad intelectual más dinámicas y menos esclerotizadas, las licencias *creative commons* con diferentes grados, que a pesar de proteger la propiedad intelectual del producto no impiden en ningún modo su difusión y transmisión en esta sociedad del conocimiento contemporánea. Y no conviene olvidar que algunos de estos mecanismos de mercado tienen en cuenta los rendimientos económicos. En una sociedad donde la competencia es fundamental, es imprescindible mostrarse eficiente y rentable para poder mantener una propuesta de este tipo.

En 2002, la Concejalía de las Artes del Ayuntamiento de Madrid, en colaboración con el Centro Cultural Conde Duque de Madrid, formaron un espacio expositivo, a la vez que laboratorio para la difusión del arte y la ciencia aplicada a las nuevas tecnologías, especialmente las de la comunicación y la información. Aunque no es exclusivo, tienen una focalización muy importante en la cultura del procomún a través del Laboratorio del Procomún, un núcleo estable de profesionales de la filosofía, el arte, ciencia, movimientos sociales..., dedicados a la reflexión organizada en seminarios. Desde mayo de 2007 su actividad es más o menos periódica, con encuentros cada mes aproximadamente, hasta febrero de 2008, donde concluyó la primera etapa.

El último intento de la sociedad de mercado por contrarrestar la economía del don es lo que se denomina «filantrocapialismo». Es un movimiento capitalista que se ha apropiado de términos con mayor éxito social como la «responsabilidad social», «filantropía» o el «capitalismo creativo». En pocas palabras, este artificio económico afirma que es posible corregir los errores del mundo mediante soluciones capitalistas. Ahí es nada. OLPC, Google o los microcréditos son ejemplos de este tipo de recetario neoliberal que pretende hacer sombra a las acciones sociales comunitarias, disfrazándose de una falsa filantropía que esconde desnudas intenciones puramente lucrativas. ¿Cómo vender a la opinión pública algo que en apariencia es políticamente incorrecto? Sencillo: el pastel de la filantropía es jugoso y se debe gestionar convenientemente. Y eso se hace a la manera capitalista, cómo no. Los filantrocapiastas defienden que la anterior forma de hacer filantropía era despilfarradora y no conseguía subsanar los defectos estructurales. De esta forma, se ha creado toda una industria en torno a estos problemas, con sus institutos, consejos, informes, estándares...

Esta denuncia no es nueva. Desde mediados de los noventa, el centro de estudios sobre hipermedia, adscrito a la Universidad de Westminster y dirigido por el peculiar Richard Barbrook, publica lo que se ha llamado la crítica a la Ideología Californiana, o, siendo más exactos, lo que

ellos mismos llaman una «crítica al ciber-libertarianismo de la costa oeste».

En primer lugar, muestran una desconfianza con respecto a la capacidad ciudadana para influir en las cuestiones decisorias de su futuro. Pero, por otra parte, son conscientes de que las nuevas actitudes y perspectivas que ofrecen las nuevas tecnologías necesitan de esa participación para la realización de unos determinados objetivos. La acusación, en otras palabras, consiste en afirmar que las viejas ideologías de izquierda se están usando para la elaboración de políticas de derechas, escondiendo, bajo la despreocupación de los *hippies*, el afán empresarial de los *yuppies*. Todo basado en la confianza del poder de emancipación de las nuevas tecnologías, gracias a las cuales sea posible crear una nueva democracia directa al estilo jeffersoniano, sin darse cuenta de que las contraprestaciones a tal sistema de vida pueden ser mucho más perniciosas. Los *hippies* radicales profesaban estilos de vida basados en ideales progresistas, universalistas, antibelicistas, combinando la lucha y la revolución cultural. Algunos, convencidos de que podían materializar sus ideales a través de la difusión de las nuevas tecnologías promovieron periódicos alternativos, estaciones pirata, clubes informáticos..., el inicio de un camino que debería haber culminado en la realización de una democracia directa y la libre participación en las instituciones sociales. Sin embargo, en lugar de materializarse este sueño *hippie*, lo que en realidad se han generado son nuevos mercados gracias a los cuales las empresas de nuevo cuño se han lucrado hasta extremos insospechados, favorecidos en parte por las nuevas rutinas de competencia, junto con el liberalismo mercantilista. Desde este punto de vista, el acceso a la tecnología no hace sino polarizar más la sociedad, creando élites que consiguen su realización individual en el ágora electrónica mientras que otros se quedan, aún más, esclavizados por los mecanismos del mercado y las condiciones de acceso. De este modo, el determinismo tecnológico que propugna la Ideología Californiana deja de ser un ejemplo de actitud emancipatoria para convertirse en otra herramienta más de represión. Cambian los collares, pero siguen siendo los mismos galgos.

En apariencia, Barbrook y Cameron proponen una visión pesimista de las nuevas tecnologías. Sin embargo no es así, o al menos no del todo. El manifiesto cibercomunista asemeja el ámbito social de la sociedad actual con la situación de la época de Stalin al frente de la URSS.

A finales de los 90, los profetas del neoliberalismo medían nuestro progreso hacia la utopía a través del incremento de propiedad de artefactos digitales: ordenadores personales, conexiones a la red, teléfonos móviles y portátiles. Irónicamente, este futurismo de matiz derechista recuerda a las preconcepciones del comunismo estalinista. En la formada Unión Soviética, una alumbrada minoría lideraba a las masas hacia su propia emancipación. Cualquier sufrimiento causado por la introducción de las nuevas tecnologías se justificaba por la promesa de la futura liberación [...]³.

A partir de una exposición de esta situación, comienzan a elaborar una lista de semejanzas con el pensamiento y la actitud reinante en la actualidad para llegar a conclusiones muy reveladoras. En este manifiesto se critica duramente el intento de crear un espacio comercial más en el ciberespacio creado, sin tener en cuenta el origen de la Red. Para Barbrook, Internet nació, en primer lugar, con el propósito de transmitir información útil de forma rápida y eficiente. A la vez, para conseguir este objetivo, se necesitaba el propio intercambio de datos y una promesa de uso abierto y libre.

Esta economía del regalo tecnológico (la del don) es la que mueve, amplía y desarrolla la Red, porque cada usuario, al entrar, está admitiendo estas reglas del juego. Por ello, ni tan siquiera ni los ministerios, ni las empresas más importantes son capaces de mercantilizar y controlar los modos de intercambio de información gratuitos que van desarrollando las posibilidades de la web. Gracias a Internet se está prestigiando el trabajo en grupo en detrimento del genio aislado, que trabaja solo y no precisa de las mentes de los demás. Así, de este modo, la propiedad intelectual se reparte entre todos los individuos de la sociedad-red, se disfruta y se desarrolla y mejora a un ritmo hasta ahora inusitado. En el arte tenemos numerosos ejemplos de creación colectiva, sobre todo desde la rama del Net-Art. *All this becomes possible only with the emergence of the Net:*

Ahora, con el ciberespacio, el intercambio de artículos se ha intensificado y prevenido por la circulación de regalos. La modernidad debe sintetizarse con la hipermodernidad. Lejos de necesitar un liderato de una élite, la gente normal puede construir con éxito su propio futuro digital. En la era de Internet, el cibercomunismo es una experiencia mundana del día a día⁴.

Otro tipo de manifiesto que también destaca por su crítica al componente social de las nuevas tecnologías es el de los «artesanos digitales». Es un manifiesto optimista y movilizador, alejado de las connotaciones peyorativas de las nuevas tecnologías:

La emergencia de la Red no significa el triunfo de la alienación económica ni el reemplazo de la humanidad por las máquinas. Por el contrario, la revolución de la información es la última etapa en el proyecto emancipatorio de la modernidad. La historia no es otra cosa que el desarrollo de la libertad humana⁵.

El mismo manifiesto reconoce que el uso de la nueva realidad digital estaba concebido como una nueva aplicación de control social, pero que, gracias al esfuerzo de lo que ellos denominan «artesanos digitales», se transforma en tecnología para la liberación. El artesano digital se convierte escapando de los insignificantes controles del taller y la oficina, y de esta manera puede redescubrir la independencia individual disfrutada por los artesanos de la proto-industrialización. El artesano digital trabaja por necesidad económica pero también por placer individual.

Así, de este modo, y otra vez recurriendo a conceptos ya clásicos, no se aliena.

Al mismo modo que aquellos artesanos anteriores a la industrialización, los artesanos digitales crean la Red Europea de Artesanos Digitales (EDAN), una especie de gremio al mismo estilo. De nuevo, las tradicionales categorías históricas se utilizan para abordar nuevos casos.

Para mucha gente, la autonomía en sus vidas laborales ha supuesto aceptar la inseguridad de contratos basura y el recorte de seguros de bienestar. Sólo podemos mitigar estos problemas a través de nuestra acción colectiva. Como artesanos digitales, necesitamos caminar juntos para promover nuestros intereses comunes⁶.

Defienden la democratización de la Red, poniendo de manifiesto un nuevo tipo de exclusión social, de desigualdad por culpa del costo de acceso a Internet, a la vez, también promueven la inversión pública en redes de mayor capacidad, más rápidas y con un uso más simétrico:

Creemos en el principio de un servicio universal. Acceso a la Red de la forma más barata posible. Ninguna sociedad puede llamarse verdaderamente democrática hasta que todos sus ciudadanos puedan ejercer el derecho de libertad de información en la Red⁷.

Ambos manifiestos, así como otros escritos del mismo Barbrook entre otros, son una crítica no velada a lo que ya citábamos como Ideología Californiana. Esta corriente intelectual es un intento por explicar los nuevos mecanismos del hipermedia. Como apunta Barbrook, «this faith has emerged from a bizarre fusion of the cultural bohemianism of San Francisco with the high-tech industries of Silicon Valley». La Ideología Californiana, presente en revistas, libros, programas de televisión, páginas web, conferencias..., combina promiscuamente el espíritu libertario y la actividad empresarial puramente regida por los mecanismos de mercado. Una conjunción de opuestos conseguida gracias a una fe en el potencial emancipador de las nuevas TIC, donde todo es posible incluida la creación de una nueva democracia directa donde todos se pueden expresar con libertad. El triunfo de esta ideología parece residir en la ausencia de una oposición demasiado fuerte en ninguna de las costas, ni en California ni en Europa. Sin embargo, su visión utópica de las nuevas tecnologías depende de una ceguera con respecto a otros aspectos —mucho menos positivos— de la Costa Oeste: racismo, pobreza y degradación medioambiental. Irónicamente, en un pasado no demasiado lejano, los intelectuales y los artistas de *Bay Area* estaban apasionadamente preocupados por estos problemas.

El peligro que denuncian de la Ideología Californiana es su pretensión de aglomerar dos extremos completamente opuestos: la contracultura y el sistema. Ahora no hacen falta las barricadas porque todos están en el mismo lado. Por ello conviene realizar una lenta reflexión que nos permita no caer en determinadas disciplinas de mercado

que nos obliguen, como decían los artesanos digitales, a comulgar con los deseos de otros y perder la capacidad de construir un nuevo futuro a nuestra medida. Es por eso por lo que merece la pena discutir sobre las nuevas tecnologías.

La solución alternativa no estriba en un *laissez faire* neoliberal, sino más bien en una propuesta conjunta de iniciativa privada capitalista, cultura *Do It Yourself* e intervención estatal, que encaminadas a la supresión del *apartheid* o brecha tecnológica, puedan llevarnos hacia un punto en el que la participación sea más eficiente y transparente. Pero es fácil creerse el poder emancipatorio de las nuevas tecnologías cuando dispones de un macbook de 2.000 dólares y una conexión wifi de 50 mensuales.

Sin embargo, no todo lo que nos espera es un futuro oscuro si se reflexiona conscientemente sobre el uso que hacemos de las tecnologías. Hoy día, estamos en la época del 2.0. Hay Internet 2.0, política 2.0, estética 2.0 y también filantropía 2.0, que a diferencia de la primera versión no necesita de la creación de estructuras culturales, sino más bien una reorganización política.

Si bien los inicios de la tecnología y sus aplicaciones iban destinadas a la ampliación individual de un «narciso tecnológico» de inspiración romántica y cyberpunk, es decir, toda una mentalidad que destinaba cualquier aplicación tecnológica para la mejora individual sin tomar en cuenta las consecuencias sociales más que como mera comunicación del individuo, ejemplificadas con corrientes como el posthumanismo, transhumanismo... no es menos cierto que en nuestros días asistimos a la difusión de ciertos movimientos colaborativos que han permeabilizado en distintos puntos de la actividad humana: los movimientos 2.0.

La historia del término es bastante reciente. Aplicado a la Red y extrapolado a otros aspectos sociales, apareció en 2004 para referirse a un tipo de web que se basaba en comunidades de usuarios, con unos servicios especiales que permitían comunicaciones hasta ahora inéditas como las redes sociales, los blogs, las wikis, que incrementaban la agilidad de comunicación e intercambio de información entre usuarios. Ya no se trata de construir un espacio físico al margen sino de incluir nuestras vivencias en nuestra actividad en Internet. Cuanta más real y física sea la voz, mayor credibilidad. Ahora, el reto se encuentra en integrar estas nuevas sinergias participativas en nuevos movimientos sociales de cariz reivindicativo. Gracias a las nuevas herramientas de comunicación, los *feed rss* y mecanismos similares, se comienzan a crear estrategias comunes de comunicación que en ocasiones son capaces de hacer sombra a las ediciones digitales de los medios de comunicación tradicionales, creando una nueva red de transmisión social que alienta actitudes contestatarias. Ya son numerosos los intentos por influir determinadamente en el devenir político-social. Las convocatorias del 13-M, las búsquedas de Marta del Castillo, las destituciones de algunos ministros de Cultura... pruebas todas ellas de ese importante

papel vertebrador de las nuevas tecnologías, del debate en el espacio digital, un espacio sin fronteras, edades ni imposiciones. Sin embargo, no debemos perder nunca de vista la alargada sombra de la crítica de Barbrook. Ni todos los contenidos son buenos ni son verdaderos. Las tecnologías son neutrales, es el uso que se hace de ellas lo que es tendencioso. No son más que el reflejo de la naturaleza humana, que ha visto en las nuevas tecnologías un nuevo lugar de actuación, tanto para lo bueno, como para lo que no tiene buenas intenciones. Y no me refiero únicamente a malas prácticas en el uso, sino también a nivel de proveimiento. El acceso a Internet se ha convertido en una herramienta fundamental en nuestra sociedad contemporánea y debe ser un derecho garantizado por el Estado. Pero no sólo su acceso, la ilustración en nuevas tecnologías es fundamental porque de ello dependerá la libertad del propio individuo y su realización en esta nueva sociedad tecnológica. Una educación en nuevas tecnologías desde muy diferentes puntos de vista que permita al usuario no estar a merced de las decisiones de las élites dominantes, aquellos que intentan a toda cosa decidir el camino que van a tomar las nuevas tecnologías buscando, únicamente, el propio beneficio. Y aquí se incluyen ISPs, el Estado, las empresas privadas, las agencias de gestión de los derechos de propiedad intelectual...

La cuestión que interroga por el futuro de lo humano pasa inevitablemente por la reflexión sobre la técnica, desde muchos puntos de vista, y se plantea como una labor transdisciplinar. Resulta evidente que la expansión de las capacidades humanas va a pasar por caminar de la mano de la investigación científica, de su aplicación fáctica y de las decisiones político-económicas en torno a todo ello. Y eso hace necesarios varios debates. Éticos, propiamente tecnológicos y también estéticos. Precisamente desde este último punto de vista ya comenzó hace algún tiempo.

Algunas de las distopías críticas del xx tomaron el pesimismo como *leitmotiv*, muy al estilo de lo que afirmaba Walter Benjamin de que si el pasado es el origen de los problemas y tensiones del presente, depósito de sus propias esperanzas y, por ende, generador de las propias decepciones, convendría parar la historia para evitar lamentos de presupuestos bienintencionados que culminarían inevitablemente en catástrofes lastimosas. Los resultados indeseados de acciones más o menos bienintencionadas han generado frustraciones que inevitablemente desembocan en un pensamiento pesimista con respecto a las nuevas tecnologías. Es por eso, continuando con la terminología benjaminiana, que no sólo se llena el pasado de ruina sino que se está creando un viento, o un tiempo, que nos empuja sin que haya lugar a protesta, a un futuro inmoral y ruinoso. Remoto pasado y remoto futuro se unen como si de un círculo clásico se tratase. La promesa de un mundo mejor, trastocada por las cuestiones del progreso genera una serie de paraísos deprimentes donde no hay lugar al cambio. Y esta es precisamente la más preocupante de las conclusiones. El pasado y el progreso, sumados a

la ideología ilustrada nos encaminan inevitablemente, gracias a un determinismo ineludible, hacia un futuro donde la tecnología sólo genera desastre y, por ende, infelicidad.

La historia se repite de una forma u otra en la mayoría de los relatos distópicos que han sido considerados tradicionalmente como los más representativos de este tipo de literatura. Como el *Angelus Novus*, en su interpretación benjaminiana, que es impotencia y soledad, que es incluso pavor ante la dirección de los acontecimientos que le empujan hacia un mundo peor, completamente distópico, donde no caben soluciones. Lo peor es que ni siquiera se puede preguntar por ese futuro porque como tal, si somos estrictos, no existe, porque aún no ha llegado. Por lo tanto su angustia se demuestra en un presente-ahora en el que no cabe ni confianza en el pasado ni fe en el futuro.

¿Qué sentido tiene pues crear un relato sobre un futuro en el que no se cree y que aún no existe? La respuesta a esta pregunta no es única, pero quizá la más importante de ellas sería la que afirmaría que en realidad no se trata de relatos de futuro sino de reclamaciones sobre el presente, sobre el tiempo-ahora. Las rebeliones maquinistas de la ciencia ficción no preguntan al hombre por la responsabilidad de la creación, muy al estilo ateo o Shelleyano, sino, más bien, están cuestionando constantemente una idea establecida sobre qué es lo humano. Y ahí es donde radica la importancia de la reflexión sobre las nuevas tecnologías: en que estamos redefiniendo qué somos, toda vez que hemos incluido «una segunda naturaleza, como la naturaleza artificial» en palabras de José Luis Molinuevo.

La reclamación de la ciencia ficción no es una imaginación sobre un futuro más o menos lejano o sobre las condiciones de posibilidad de determinadas cuestiones relacionadas con las nuevas tecnologías. No es así. De hecho, la mayoría de creadores de esta materia se sienten decepcionados al ver que sus obras se reciben en estos sentidos. En realidad sobre lo que se está reflexionando es sobre la posibilidad de un futuro diferente e incluso sobre la reflexión de un pasado condicionante que nos ha llevado cual ángel kleeniano a un futuro completamente distópico y que es, casualmente, nuestro presente. Precisamente el que es nuestro tiempo de actuación, y donde recae toda nuestra responsabilidad con respecto al futuro. Podemos y debemos actuar sobre el hoy para condicionar el mañana. En este momento delegar es irresponsable. Debemos sumergirnos en el debate sobre el futuro de lo humano porque es nuestro porvenir lo que está en juego. Y para eso se necesita educación.

Sin educación transdisciplinar en tecnología, el hombre, o para ser más concretos, algunos hombres, serán esclavos de una técnica propiedad de otro. Esa es la alienación más importante que nos espera en el futuro. ¿Qué podría ocurrir si no se democratiza el conocimiento técnico y se limita única y exclusivamente a difundirse? ¿No significará una especie de esclavitud de las decisiones de

un desarrollador, un distribuidor o un inventor? Por ello, recomiendo que toda difusión tecnológica implique un aumento del conocimiento sobre la disciplina, una toma de decisiones no precipitada. Esto no significa que con la técnica se vaya a perder la libertad, aunque podría llegar a ocurrir.

Ya no se trata de denunciar un presente nauseabundo en un futuro no demasiado lejano, no es necesario hablar en términos omniabarcantes en la época de la muerte de los metarrelatos. Se trata de crear utopías limitadas que centran sus esfuerzos en las posibilidades comunicativas de Internet, dando lugar a lo que podemos denominar ciberciudadanía responsable. Enseñar y aprender, en definitiva: actuar, es nuestra responsabilidad. La técnica es un invento del hombre y como tal debe dominarlo. La tecnología puede servir para mejorar cualitativa y cuantitativamente la vida de los seres humanos siempre que sea una técnica libre y a la vez dominada y controlada por la educación del usuario. El día que las cosas cambien se habrá transformado, tal vez para siempre, el destino de la especie humana. Ese cambio ha de ser siempre hacia mejor. Está en nuestras manos... de momento.

NOTAS

¹ N. CHOMSKY, en J. BURKE y R. ORNSTEIN, *Del hacha al chip*. Barcelona: Planeta, 2001, p. 318.

² D. BOLLIER, *El redescubrimiento del procomún*. Disponible en <http://biblioweb.sindominio.net/telematica/bollier.pdf>.

³ R. BARBROOK, *The cybercom/munist manifesto*. Disponible en red en <http://www.imaginaryfutures.net/2007/04/18/by-richard-barbrook/>, 2007.

⁴ *Ibid.*

⁵ R. BARBROOK, *The Digital Artisans Manifesto*. Disponible en <http://www.hrc.wmin.ac.uk/hrc/theory/digitalartisans/t.1.html>, 1997.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

